

Perú: la vocación por la ambigüedad

Ana Lorena Carrillo

Respuestas a una misma pregunta

En algunos de los textos recientemente escritos acerca de la realidad peruana, aparece repetidamente una misma pregunta: *¿En qué momento se jodió el Perú?*, aludiendo a la frase con que inicia *Conversación en la Catedral*, de Mario Vargas Llosa. En la pregunta hay ansiedad, la ansiedad de quien quiere saber el origen del caos, el punto de arranque que haga inteligible lo que hoy ocurre en ese país.

Los análisis sobre el carácter de la sociedad y el Estado peruanos coinciden en un punto inequívocamente: la referencia al período de Juan Velasco Alvarado, es decir, el gobierno de los militares reformistas (1968-1975), como fase constitutiva de la actual configuración política del país. Sin embargo, algunos puntos de vista discrepan en cuanto a la caracterización del mismo. El nudo reside en la valoración de los alcances de las reformas implantadas entonces.

Una caracterización del período de las reformas militares como "testamento" tardío de la revolución frustrada de 1930 (Quijano: 1989), atempera y disuelve el impacto de las medidas nacionalistas y estatistas de Velasco Alvarado, y sugiere que no habiendo afectado lo esencial de los intereses económicos de la burguesía, aunque sí a algunos núcleos de ella, esta clase se habría conservado prácticamente incólume y su peso habría sido el determinante en última instancia en la correlación de fuerzas en el Estado democrático-nacionalista del período militar. Facilitado este proceso por el carácter antioligárquico del velasquismo, cuya máxima

expresión fue la reforma agraria, que minó las bases del poder del señorío terrateniente.

De ser así, esto explicaría que a partir de ese momento y hasta la actualidad, la "asociación conflictiva" entre el capital privado y los sectores inclinados hacia la estatización de la economía habría estado fuertemente sesgada hacia la protección en definitiva de los intereses de aquél, que no habría hecho más que ganar terreno paulatinamente.

Si bien este punto de vista daría pie para explicar el fracaso final del intento reformista de los militares, así como su progresivo desmontaje bajo el gobierno de Morales Bermúdez (1975-1980), no deja claro el por qué —de acuerdo con aquellas condiciones— fracasó el modelo de libre mercado impuesto bajo la segunda administración de Belaúnde (1980-1985), lo cual habría posibilitado el renacimiento del populismo aprista de Alan García en 1985-1990, aunque con mucho más bajo perfil.

Escrito en las postrimerías de la década de los setenta y solamente con algunas modificaciones hacia los primeros años de la de los ochenta, el análisis citado acusa cierto radicalismo en la apreciación subvalorada del período velasquista, que queda así, reducido a la consumación de viejas tareas antioligárquicas. Igualmente se observa ese matiz en el planteamiento posterior de que al fin del ciclo antioligárquico-nacionalista sobrevendría o bien el asentamiento de una democracia burguesa plena —lo cual considera inviable—, o bien la polarización entre una opción política autoritaria de derecha o una opción revolucionaria socialista, de acuerdo a las fuerzas sociales y políticas en pugna.

Efectivamente, el Estado peruano no caminó durante ni después de Belaúnde (1980-1989) por un tranquilo sendero de fortalecimiento de un régimen democrático-burgués. Sin ir más lejos, el marcado contraste entre los niveles de violación a los derechos humanos entre el régimen militar y los posteriores, de Belaúnde y Alan García, dan cuenta de una progresiva descomposición y complejización de



las relaciones entre la sociedad y el Estado (Bourque: 1989). Sin embargo, la polarización política derivada del creciente conflicto social, atenuado por la crisis de los años ochenta, no condujo ni al establecimiento de un régimen dictatorial del tipo de las existentes en otros países del Cono Sur en esos momentos, ni a una solución revolucionaria socialista. Lo cierto es que a pesar de la polarización, que aún subsiste, amplios sectores de la sociedad peruana rehúsan la posibilidad de ser dirigidos por los partidos de extrema izquierda, tanto como por una dictadura militar de derecha.

Desde una perspectiva más inmediata, otra respuesta a la pregunta planteada inicialmente ha sido situada no en relación a una etapa previa al velasquismo, sino en el propio régimen militar, es decir en 1968 (Durand: 1989). En ese entendido, el proceso antioligárquico-nacionalista de los militares habría tenido fuerza propia y suficiente como para no haber sido solamente un remedo de lo que no pudo ser en 1930, sino lejos de ello, atentar lo bastante contra los intereses del capital privado interno e internacional, como para crear, a partir de ahí, una reacción de importantes sectores de la burguesía que se incubó a lo largo de veinte años, hasta dar a luz un movimiento político de derecha neoliberal y modernizante, expresión de los afanes de estos sectores de hacer política por vía directa.

De acuerdo con ello, el régimen velasquista se habría aislado progresivamente de importantes sectores de la burguesía, sin conseguir subsanar la ausencia de base social con una efectiva corporativización de campesinos, obreros, informales, etc., que fueron atraídos por el polo de la izquierda marxista. A diferencia de la anterior interpretación, de acuerdo con esta otra, el velasquismo "no se detuvo en sus objetivos antioligárquicos y nacionalistas, sino que intentó construir un poder propio en torno al Estado, limitando el terreno de acción de la propiedad privada" (Durand: 1989).

Independientemente de si la valoración respecto al pasado político peruano referido al periodo del gobierno reformista sea visto como un proceso desfasado y poco contundente, que no contuvo elementos que apuntaran a la formación de un nuevo Estado, o si por el contrario, es entendido como una revolución que dio pasos en ese sentido a través de medidas económicas más o menos radicales, lo que queda claro de ambos enfoques es que a partir de 1968 —sea porque no se le afectó lo suficiente, o porque se le afectó en demasía— la burguesía peruana fue, paulatinamente, reconcentrándose y ubicándose con progresiva fuerza de negociación frente al Estado en uno de los polos del espectro político. Un Estado que, rodeado de vacío, no logró finalmente definirse como claramente populista-estatalista —en la medida en que no consiguió base de apoyo entre las masas—, ni logró ser exitoso en

el proyecto de desestatalización y acercamiento a la empresa privada, en la medida en que la tradición política del aprismo forma parte de la "reconstrucción política" de los peruanos, es decir, de la cultura política que se rehace de acuerdo al pasado.

En el otro polo, y también claramente desde 1968, los sectores mayoritarios de la sociedad peruana, desencantados por el fracaso del proceso, pasaron de posturas radicales de izquierda en los años 60 y 70 a un progresivo distanciamiento respecto de esas alternativas en la búsqueda de un punto intermedio. En la sierra, sin embargo, el campesinado indígena, sin mayores alternativas, aún otorga respaldo al proyecto social del movimiento guerrillero.

Las respuestas distintas aclaran al menos una cuestión: la historia que está detrás de las fuerzas que hoy buscan romper en definitiva con los *supérstites* de una cultura política asentada en las soluciones intermedias, es decir, la nueva derecha y el *popotismo* de izquierda. Una historia que explica la inconformidad, traducida hoy en la pujanza del empresariado, así como en el abandono y el resentimiento —traducido en desesperación—, de grandes sectores campesinos indígenas y populares en general.

Encrucijada entre dos senderos

Si el referente histórico de 1968 se sitúa en el malogrado intento revolucionario de 1930, para el periodo de 1985-1990 del gobierno aprista de Alan García, la referencia necesaria es 1968. El gobierno de Velasco Alvarado, pese a que cobijó el engrandecimiento de algunos sectores de la burguesía, realizó importantes medidas de reordenamiento estatal de importante significación: nacionalización del petróleo, recuperación de los recursos naturales y de la pesca, reforma agraria cooperativista, participación autogestoria de los obreros en algunas empresas, creación de un sector de propiedad social y una política exterior de no alineamiento.

Al término del periodo revolucionario y hasta 1985, cuando Alan García asume la presidencia del país con un programa que —al menos en el discurso— recordaba el pasado revolucionario, muchas cosas habían cambiado en el Perú. Entre ellas, la crisis económica con un agudo proceso inflacionario, la sobrepolitización y descontento de amplios sectores populares, la presencia creciente del movimiento armado senderista, el incremento de las medidas represivas, y la violencia en general.

La presencia del APRA en el poder, de alguna manera representaba la voluntad política mayoritaria por una opción moderada entre los dos desbordes que se manifestaban peligrosos: el de una progresiva derechización del régimen y su conversión al autoritarismo abierto y el de la izquierda

alentada por el ingente movimiento popular, la elección de Alfonso Barrantes de Izquierda Unida como alcalde de Lima en 1983 y, sobretudo, por el creciente movimiento guerrillero (Bourque: 1989, Durand: 1989).

A pesar de que el empresariado peruano haya salido del "bache" estatalizador de 1968 más o menos indemne, la incapacidad manifiesta de los nuevos gestores del Estado entre 1975 a 1985 para sortear la crisis económica y política, hizo fracasar el proyecto reprivatizador y entregó de nuevo a esta clase a un repetido intento —aunque mucho más pálido— de balancear los términos de la "asociación conflictiva" Estado-capital privado, en favor del primero.

Si, como afirma Durand, la revolución militar de Velasco canceló un modo de dominación social, pero no lo reemplazó eficazmente por otro, aludiendo a las vacilaciones de aquel proyecto, en 1985 el gobierno aprista no hizo más que confirmar ese carácter vacilante de la formación estatal peruana que alternativamente ha intentado ser Estado interventor y Estado liberal privatizador, sin lograr llevar ninguno de los dos proyectos hasta sus últimas consecuencias. Dentro de él, un ejército que no se decide tampoco a olvidar su pasado reformista ni a abandonar la línea crecientemente represora y contrainsurgente, y con una cultura política nacional fuertemente signada por las corrientes de centro, que a su vez oscilan entre el centro-derecha (APRA) y el centro-izquierda (Izquierda Unida). El gobierno de Alan García se mostró incapaz para las tareas que tenía delante. Por una parte, no logró solucionar los agudos problemas en la sierra, derivados del histórico abandono de la región de campesinos indígenas, cuya permanencia explica el surgimiento y posterior desarrollo de la guerrilla. Tampoco logró abatir a ésta militarmente, con lo que la amenaza de sus métodos terroristas continúa vigente. Las medidas económicas estatistas como la flamante nacionalización de la banca en 1987, generó rechazos suficientes como para que el gobierno reconsiderara la decisión y terminara limitándola a la administración temporal de los dos bancos más importantes. Tampoco resolvió el problema de la violación de los derechos humanos, que aunque decreció bajo la administración de García en relación con la anterior de Belaúnde, mantuvo una cifra de 100 casos no resueltos de desaparecidos al año (según el *America's Watch Report* de 1987), además del muy cuestionado proceder del gobierno en los sucesos del motín carcelario de Lurigancho en 1986 y de la progresiva generalización de la violencia. Por si fuera poco, la política de independencia respecto a las presiones de la banca internacional en relación con la deuda no se manifestó en la reversión de la crisis económica. Así, el Instituto Nacional de Estadística de Perú informó que el alza

del costo de la vida acumulado de julio de 1988 a julio de 1989 alcanzó 5549% (*Boletín Economía Internacional*. Núm. 25, PEDEI). Pero además, tan temprano en la administración de Alan García como julio de 1986, Izquierda Unida informó que el pago de la deuda externa en ese año sobrepasó el 10% fijado por la propia administración (*Boletín Economía Internacional*. Núm. 6-7, PEDEI).

Frete a este contundente fracaso, los dos grandes temores: el del desborde guerrillero y el de la opción autoritaria, no sólo quedaron intactos sino se crecieron en medio del caos.

La polarización política que desde la década de los setenta se observaba en el Perú, en efecto ha permanecido, pero sus términos no se expresan en un escueto esquema bipolar que apunte, en lo inmediato, a una solución revolucionaria socialista o a una solución autoritaria dictatorial como lo planteaba Quijano, y ello se debe a dos razones: en primer lugar, la guerrilla de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru, si bien persisten en la lucha armada (al menos sus sectores mayoritarios) y gozan de amplio poder de movilización y control en la sierra, sus perspectivas políticas a largo plazo son limitadas. Esto es así porque su proyecto camina en sentido opuesto a las tendencias históricas más generales, es decir, al desarrollo y penetración capitalista en todos los ámbitos de la sociedad, a las perspectivas cada vez más cerradas para los movimientos armados en la región y a la configuración de nuevas relaciones entre el mercado y el Estado como instituciones modernas, en las que Sendero Luminoso ve a dos enemigos igualmente irreconciliables con su programa (Bustamante: 1989).

Por otra parte, la escalada de acciones terroristas, los mecanismos de coacción para obtener apoyo de los campesinos y los presumibles vínculos con el narcotráfico le han generado amplio rechazo. La amenaza real de Sendero Luminoso no se refiere tanto a su posibilidad de conquista del poder, sino a su existencia y crecimiento como desafío a la autoridad del Estado y, en ese sentido, como invitación permanente a la solución autoritaria. Los informes del Departamento de Estado norteamericano en el sentido de una eventual victoria de Sendero Luminoso parecen ser resultado de una valoración exagerada que justificaría los planes contrainsurgentes y de ayuda militar que Estados Unidos prepara en el Perú.

En segundo lugar, la progresiva conformación del otro polo tampoco apunta a su manifestación más paradigmática, es decir, la implantación de una dictadura de derecha similar a los regímenes recientes en Chile, Argentina o Guatemala. Por una parte, esto se explica por el bagaje ideológico desarrollista-nacionalista que aún pesa en el ejército, pero a éste se suma la experiencia de los militares en el poder,

que arrojó un saldo de desgaste institucional que lesionó en alguna medida su formación profesional militar de tipo convencional. A partir de esa experiencia, si bien existen corrientes en el ejército proclives a un mayor protagonismo de la institución en la vida política del país, esa no parece ser la nota dominante, que más bien parece inclinarse por la subordinación a las autoridades civiles del Estado, aun en las condiciones de guerra interna que éste afronta en la actualidad (Bustamante: 1989).

Lejos de favorecer la salida de una opción golpista autoritaria, la formación del polo de la derecha en el espectro político se decantó hacia una alternativa partidaria y modernizante, cuyos protagonistas: la burguesía y el empresariado, se decidieron a salir a la arena política, prescindiendo de intérpretes y mediadores y con el programa de la nueva derecha bajo el brazo.

Las nuevas características de los polos no demereren, sin embargo, el grado de polarización. El interregno entre ambos, que históricamente había sido ocupado por el populismo, sufre ahora un grave vacío de representación, tanto por la negativa del ejército a reeditar el pasado como por el fracaso del aprismo bajo el gobierno de Alan García. Las elecciones en el Perú son la respuesta a esa disyuntiva.

Las elecciones: entre "el fantasma del mal" y "el fantasma benévolo"

Con alegría apenas contenida, las inminentes elecciones en Perú del 8 de abril recién pasado, fueron saludadas por E. Krauze (Krauze: 1990), como el magno escenario para un solista, que era, por supuesto, Mario Vargas Llosa. En efecto, todo apuntaba hasta antes del 8 de abril a que el novelista sería el favorito y que en caso de ser necesaria una segunda vuelta, ésta sería contra el candidato oficial Luis Alva Castro, a quien Vargas Llosa podría derrotar holgadamente. Sin embargo, el algarozo de Krauze no le permitió ni aún suponer que a su candidato en Perú le ocurriera lo que al nuestro en Nicaragua: "Las encuestas, dígalos Daniel Ortega, pueden ser engañosas, pero en Perú, donde el encuestado no teme represalias futuras, quizá presagien los resultados reales" (Krauze: 1990). No fue así. Los encuestados finalmente cambiaron de parecer y posiblemente se debió a una suerte de "temor a represalias futuras".

Las elecciones en Perú trajeron de nuevo la sorpresa. En la última fase de las campañas electorales se vio crecer aceleradamente el entusiasmo alrededor de un candidato que ni siquiera era considerado por las encuestas de opinión previas a las elecciones del 8 de abril, a no ser por la del Instituto Datum de Lima, que lo situó en el segundo lugar aunque con un porcentaje de votación mucho me-

nor al que realmente obtuvo. El favorito de todas las encuestas era sin duda Mario Vargas Llosa, a quien se proyectaba entre el 41 y el 45% de los votos, seguido en todas ellas (excepto Datum) por Luis Alva Castro, el candidato oficial del APRA, con entre 11 y 19% de los votos posibles. Los otros dos candidatos eran Alfonso Barrantes, exalcalde de Lima por Izquierda Socialista, y Henry Pease por Izquierda Unida, fluctuando entre 8 y 12% de posible votación.

A diferencia de los otros contendientes, Vargas Llosa acumulaba a su favor su gran prestigio como literato, su popularidad a nivel mundial y el respeto que como intelectual se le dispensa. Su candidatura sin embargo, aunque pudo expresar la pujanza de los sectores empresariales portadores de la "modernidad" y el "pragmatismo", tuvo serias dificultades para enraizarse en los sectores medios y populares. Incluso dentro del propio FREDEMO enfrentó problemas de liderazgo entre la vieja guardia de la derecha (Acción Popular y Partido Popular Cristiano) y los nuevos sectores provenientes del Movimiento Libertad que componen el Frente. Además de estos problemas, está el de los desacuerdos entre sectores empresariales que temen que un exceso de liberalismo afecte severamente al capital nacional (Durand: 1989).

La vía de acercamiento a los sectores populares y de alcanzar una mayor unidad entre el empresariado ha sido la propuesta de Hernando de Soto, ideólogo del FREDEMO, de asimilar a la gran masa de informales y a los pequeños propietarios agrícolas al empresariado, confiando en que estos sectores se inclinarían por un proyecto de defensa de la propiedad privada. Sin embargo, la tónica recalcitrante del discurso liberal de Vargas Llosa, el auditorio preferencial al que dirigió su mensaje, su presencia misma, terminaron por crear recelos, desconfianzas y hasta una abierta hostilidad que esconden un conflicto real de clase.

Dos conceptos de Vargas Llosa: "...casi todos los mitos, estereotipos, argumentos y métodos sobre los que el comunismo nació, creció y se apoderó de un tercio de la humanidad para sumirla en la servidumbre, el terror y la ignominia, y que, a la postre, lo corroerían hasta provocar lo que parece su delincuencia..." "El capitalismo (...) objetivamente es: el sistema que, pese a sus limitaciones y máculas, ha sido capaz de asegurar el mayor progreso en términos de bienestar colectivo, seguridad social, protección a los derechos humanos y también de libertad individual que consigne la historia." (Vargas Llosa: 1990).

Toda la filosofía política de Popper y Berlin, las ideas económicas de Hayek y Friedman, la claridad analítica de Aron y Revel (Krauze: 1990) no fueron suficientes sin embargo, para evitar que el 8 de abril, los peruanos llevaran al ingeniero Alberto

Fujimori, el candidato más bien gris de Cambio 90, hasta un segundo lugar en las votaciones, desplazando en definitiva al aprismo y a la izquierda y pisándole de cerca los talones al hasta entonces favorito. La sorpresa electoral lo fue también para el propio Fujimori, cuya campaña electoral fue hecha —al decir de la prensa—, prácticamente sin programa y sin partido.

Ante el temor frente a un dudoso "capitalismo popular", y de un programa económico de choque que solamente podría interpretarse como choque contra los sectores desfavorecidos, abanderado todo ello por la nueva derecha por un lado, y ante el descontento frente a la incapacidad del viejo populismo y la vieja izquierda por el otro, los peruanos optaron por la ambigüedad. Nada indica que Fujimori tenga en la mano las herramientas para "salvar" al país, pero al menos se presenta como una alternativa menos confrontativa y eso parece atenuar los temores que respecto al futuro tienen los peruanos. Fujimori también privatizará empresas, buscará la reinserción del país al sistema financiero internacional y hará ajustes cambiarios y tributarios. Su programa es, en ese sentido, un programa neoliberal que buscará adelgazar al Estado en función del crecimiento de la empresa privada y en detrimento del área social del mismo que beneficia a las mayorías. Sin embargo, Fujimori deja abierta la puerta a la concertación y eso parece haberle asegurado el triunfo.

Las cifras dadas por el Jurado Nacional de Elecciones para la primera vuelta del 8 de abril fueron de 35.3% para FREDEMO, seguido de cerca por cambio 90 con 31.3%. Los altos índices de indecisión reflejada en el abstencionismo, los votos blancos y los anulados, cuya disputa se llevó todo el periodo entre el 8 de abril y el 10 de junio, se modificaron sensiblemente a favor de Fujimori. Además de la influencia que sobre los resultados de la votación del 10 de junio tuvo la adhesión del APRA y de Izquierda Unida a la candidatura de Fujimori, no es despreciable el efecto que sobre los mismos haya podido tener el terremoto del pasado 30 de mayo, que vino a recordar a los peruanos quienes son los que reciben los impactos (cualquiera sea su naturaleza), de modo más brutal, así como el sorpresivo golpe a Sendero Luminoso, dado justamente después del debate público entre los dos candidatos, del cual aparentemente, Vargas Llosa salió fortalecido. El golpe a Sendero Luminoso pareció por ello una maniobra política destinada a disminuir el lucimiento de Vargas Llosa en el debate y a reaglutinar la confianza en el gobierno y en general en los sectores que apoyaban al candidato de Cambio 90.

La "carta" Fujimori posiblemente haya sido desde el inicio, la última posibilidad de Alan García para el caso de un resultado desfavorable al candidato del

APRA, como era previsible y como resultó realmente, su partido no quedará al margen del poder.

A lo largo de la campaña de Fujimori la prensa señaló repetidamente los vínculos que éste tuvo con el gobierno de García al fungir por un tiempo como su asesor en materia alimentaria y ecológica, calificándolo reiteradamente como "peón de brega de Alan García". De ser esto así, el APRA estaría dando muestras de gran habilidad política que podrían inducirlo a realizar transformaciones internas a fin de no perder su liderazgo histórico y poder enfrentar, fortalecido, a una nueva derecha que se constituye como el nuevo protagonista del sistema político en el Perú, junto a un previsible protagonismo de diversos movimientos sociales en abierto cuestionamiento al partidismo.

La fuerza de la organización política de la nueva derecha, independientemente de la derrota en las elecciones, el destino de la guerrilla en el que se prefigura un debilitamiento próximo (aun en contra de los vaticinios del Departamento de Estado) y la recomposición de los partidos de centro, así como el crecimiento de los movimientos sociales con demandas políticas, son elementos que encajan en lo que parece ser la reformulación de las fuerzas políticas en América Latina, que muestra como región, tener en política la ductilidad que le está haciendo falta en el terreno económico.

Para Perú, el voto por la opción Fujimori viene a reconfirmar una vieja tradición política que prefiere las soluciones intermedias al extremismo. En estas elecciones el pueblo peruano no escogió entre el "fantasma del mal" y el "fantasma benévolo", según dijo un desilusionado fredemista aludiendo al manejo oficial de las dos candidaturas, sino entre un ambiguo fantasma que ofrece concertar y una contundente realidad de desgarramiento y confrontación que amenaza de nuevo con desbordarse.

Notas

1 Aníbal Quijano, "Revolución Democrático-burguesa y revolución antioligárquico-nacionalista: El Proceso del Estado en el Perú", en *Homines* Puerto Rico, tomo 6, vol 13, núm.1, febrero-julio de 1989. Universidad Interamericana de Puerto Rico.

2 Bourque, Susan C. y Kay B. Warren, "Democracy without peace: The cultural politics of Terror in Perú", en *Latin American Research Review*, país; vol XXIV, núm. 1, 1989.

3 Bustamante, Fernando, "La modernización de las FF AA latinoamericanas y las nuevas formas de violencia política de la década de los ochenta: El caso de los militares peruanos frente a Sendero Luminoso", Documento FLACSO, Santiago de Chile, agosto de 1989.

4 Durand, Francisco, "Mario Vargas Llosa o la nueva derecha peruana". Ponencia presentada al XV Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) Miami, septiembre de 1989.

5 Lákovec, Petr, "El Perú de Hoy", en *América Latina*, Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, núm.5, mayo de 1989.

6 Krauze, Enrique, "Historia de Mario", en *Vuelta*, núm. 161, México, abril de 1990.

7 Vargas Llosa, Mario, "El país que vendrá", en *Vuelta*, núm. 161 México, abril de 1990.

CUADRO 1
PORCENTAJES DE INTENCIÓN DEL VOTO PARA LA PRIMERA VUELTA

CANDIDATOS	CENTRO PERUANO DE INVESTIGACIONES	APOYO	DATUM	OPINIÓN PÚBLICA
MARIO VARGAS LLOSA (FREDEMO)	43%	42%	45.2%	41%
ALBERTO FUJIMORI (CAMBIO 90)			11.8%	
LUIS ALVA CASTRO (APRA)	18%	16%		19%
ALFONSO BARRANTES (IZQUIERDA SOCIALISTA)	12%	12%	10.4%	8%
HENRY PEASE (IZQUIERDA UNIDA)	8%	10%	10.1%	11%

FUENTE: Diarios *Excelsior* y *La Jornada*, diversos números

Elaboración: Ana Lorena Carrillo

CUADRO 2
PORCENTAJE FINAL DE VOTACIONES ESTIMADO PARA LA PRIMERA VUELTA

CANDIDATO	EXCÉLSIOR 17 abril	LA JORNADA 9 mayo	LA JORNADA 21 mayo	LA JORNADA 10 junio	VISIÓN	PROMEDIO
M. VARGAS LLOSA	33%	35.3%	27%	27.6%	33%	31.1%
ALBERTO FUJIMORI	30%	31.3%	29%	24.6%	31%	29.1%
LUIS ALVA CASTRO	-	-	-	-	16%	-
ALFONSO BARRANTES	-	-	-	-	13%	-
HENRY PEASE	-	-	-	-	-	-

FUENTE: Diarios *Excelsior* y *La Jornada* diversos números, Revista *Visión* mayo 1990

Elaboración: Ana Lorena Carrillo

CUADRO 3
PORCENTAJES DE INTENCIÓN DEL VOTO PARA LA SEGUNDA VUELTA

EMPRESA ENCUESTADORA						
CANDIDATOS	FECHA	CENTRO PERUANO DE INVESTIGACIONES	DE APOYO	DATUM	OPINIÓN PÚBLICA	ANALISTAS Y CONSULT.
VARGAS LLOSA	1º de mayo					36%
FUJIMORI						49.5%
VARGAS LLOSA	7 de mayo	38.6%	36%			41%
FUJIMORI		41.7%	44%			46%
VARGAS LLOSA	17 de mayo			46.3%		
FUJIMORI				41.7%	(Lima y Callao)	
VARGAS LLOSA	2 de junio		46%			
FUJIMORI			34%			
VARGAS LLOSA	4 de junio		48%			
FUJIMORI			37%			

FUENTE: Diario *La Jornada*, diversos números

Elaboración: Ana Lorena Carrillo.

CUADRO 4
PORCENTAJE FINAL DE VOTACIONES ESTIMADO PARA LA SEGUNDA VUELTA

CANDIDATO	FECHA	EMPRESA ENCUESTADORA			
		OPINIÓN PÚBLICA	APOYO	VARIAS	PROMEDIO
M. VARGAS LLOSA	10 junio	36.5%	-	37.8%	37.1%
ALBERTO FUJIMORI	10 junio	56%	-	51.1%	53.5%
M. VARGAS LLOSA	11 junio	-	-	37.7%	-
ALBERTO FUJIMORI	11 junio	-	-	56.8%	-

FUENTE: Diario *La Jornada*, diversos números
Elaboración: Ana Lorena Carrillo.

CUADRO 5
LOS PROGRAMAS DE GOBIERNO EN LAS PALABRAS

MARIO VARGAS LLOSA

CAPITALISMO POPULAR

PROGRAMA ECONOMICO DE CHOQUE

LIBERTAD

COMBATE AL NARCOTRAFICO

ARMAMENTO MODERNO A LOS CAMPESINOS
PARA ENFRENTAR A GRUPOS SUBERSIVOS

ACABAR CON LA INFLACION

FIN A LOS PRECIOS CONTROLADOS

RESTRUCTURACION DE EMPRESAS PUBLICAS

REFORMA EDUCATIVA. GRATUIDAD DE LA
ENSEÑANZA A LOS POBRES

ALBERTO FUJIMORI

INTERÉS COMÚN

PACTO SOCIAL PARA EL DESARROLLO

CONCERTACIÓN

SUSTITUCIÓN GRADUAL DEL CULTIVO DE HOJA
DE COCA

COMBATE A LA GUERRILLA ELIMINANDO LA
POBREZA

FRENO A LA INFLACIÓN

REFORMA TRIBUTARIA

CONTROL ESTATAL DE PETRÓLEO, ELECTRICIDAD,
COMUNICACIONES, PUERTOS Y ADUANAS

GRATUIDAD DE LA ENSEÑANZA EN TODOS LOS
NIVELES

FUENTE: Diarios *Excelsior* y *La Jornada*, diversos números.
Elaboración: Ana Lorena Carrillo.

